

HACIA UNA DECONSTRUCCIÓN DEL MAPA ^{*1}

J. Brian Harley (2005).

La nueva naturaleza de los mapas.

México: Fondo de Cultura Económica, pp. 185-207.

Un mapa nos dice: “Léeme con cuidado, sígueme de cerca y no dudes de mí”. Y continúa: “Soy la tierra en la palma de tu mano. Sin mí, estás solo y perdido”.

En realidad lo estamos. Si todos los mapas del fueran destruidos y desaparecidos por órdenes de alguna mente malévola, todos los hombres volverían a estar ciegos, todas las ciudades serían extrañas entre sí, todas las marcas de la tierra se convertirían en señales sin significado apuntando hacia la nada.

No obstante, al verlo, sentirlo, pasar un dedo sobre sus líneas, un mapa es una cosa fría, no tiene ninguna gracia y es aburrido, es producto de los instrumentos de medición y la hoja del dibujante. Aquella costa, ese garabato irregular con tinta escarlata no muestra arena ni mar ni rocas; no habla de ningún marinero moviéndose a todo vela en mares profundos para legar a la posteridad, en un pergamino o en una tabla de madera, un manuscrito invaluable. Esta mancha café que marca una montaña no tiene, para el ojo común, ningún significado, aunque 20 hombres, o 10 o uno solo hayan arriesgado la vida para escalarla. Aquí está un valle, allá una cienaga y más allá un desierto; y aquí está un río que algún alma curiosa y valiente, como un lápiz en las manos de Dios, trazó por primera vez con los pies sangrantes.

BERYL MARKILAM

West with the Night, 1983

* Este capítulo apareció originalmente en *Cartographica* 26, núm.2 (1989), pp.1-20.

¹Estas ideas fueron presentadas en versiones anteriores en el coloquio “The Power of Places,” Northwestern University, Chicago, en enero de 1989, y como conferencia fuera de programa en el Departamento de Geografía de la Universidad de Wisconsin en Milwaukee, en marzo de 1989. Agradezco las sugerencias recibidas en esas ocasiones y otros comentarios de utilidad de Sona Andrews, Catherine Delano Smith y Cordell Yee. También agradezco a Howard Deller, de la American Geographical Society Collection, algunas referencias, y a Ellen Hanlon su ayuda editorial en la preparación de este texto para su publicación.

El ritmo de la exploración conceptual en la historia de la cartografía, la búsqueda de maneras alternativas de entender los mapas, es lento. Algunos dirían que sus logros son casi superficiales. Al aplicar los conceptos de la historia literaria y la historia de la cartografía, parecería que estamos trabajando en un clima de pensamiento “premoderno” o “moderno” más que “posmoderno”.² Es cierto que una lista de exploraciones individuales contendría algunas que parecen impresionantes. Nuestros alumnos ahora pueden ser conducidos a textos que se basan en ideas de la teoría de la información, la lingüística, la semiótica, el estructuralismo, la fenomenología, la teoría del desarrollo, la hermenéutica, la iconología, el marxismo y la ideología. En el capítulo destinado a las notas podemos nombrar, entre otros, a Cassirer, Gombrich, Piaget, Panofski, Kuhn, Barthes y a Eco. Sin embargo, a pesar de estos síntomas de cambio, aún somos, lo queramos o no, prisioneros de nuestro pasado.

Mi argumento básico en este ensayo es que debemos impulsar un cambio epistemológico en la manera de interpretar la naturaleza de la cartografía. Para los historiadores de la cartografía, pienso que una línea importante hacia la comprensión es que aún aceptamos sin ningún tipo de crítica el amplio consenso, con relativamente pocas disensiones, de lo que los *cartógrafos* nos dicen que se supone que son los mapas. En especial, a menudo tendemos a trabajar con base en la premisa de que los cartógrafos parten de una forma “científica” u “objetiva” de creación del conocimiento. Por supuesto que los cartógrafos piensan que tienen que decir esto para seguir teniendo credibilidad; sin embargo, los historiadores no tienen esa obligación. Es mejor que nosotros partamos de que la cartografía casi nunca es lo que dicen los cartógrafos.

En la medida en que adoptan métodos apoyados en la computación y en sistemas de información geográfica, la retórica científica de quienes trazan los mapas se está volviendo más estridente. La “cultura de la técnica” está presente por doquier. Se nos dice que la publicación que ahora se llama *American Cartographer* se convertirá en *Cartography and Geographical Information Systems*. O en un gesto extrañamente ambivalente hacia la naturaleza de los mapas, la Sociedad Cartográfica Británica propone que existan dos definiciones de cartografía, “una para los cartógrafos profesionales y otra para el público en general”. Una definición para usarse en la comunicación con el público sería: “La cartografía es el arte, la ciencia y la tecnología del trazado de mapas”. La de los “cartógrafos” sería: “La cartografía es la ciencia y la tecnología de analizar e interpretar las relaciones geográficas y la comunicación de los resultados mediante mapas”.³ Para muchos puede resultar sorprendente que el “arte” no aparezca en la cartografía “profesional”. Sin embargo, en el contexto actual, estos signos de esquizofrenia ontológica también puede leerse como reflejo de una necesidad urgente de repensar la naturaleza de los mapas desde perspectivas distintas. Entonces surge la pregunta de si el concepto de una ciencia progresiva es un mito creado en parte por los cartógrafos en el curso de su desarrollo profesional. Pienso que este concepto es también es aceptado sin críticas por un público más extenso y por otros estudiosos que

² Para conocer estas diferencias, véase Terry Eagleton, *Literary Theory: An Introduction* (Minneapolis, University of Minnesota Press, 1983); para conocer un informe más cercano a los intereses directos de la cartografía, véase Maurizio Ferraris, “Post-modernism and the Deconstruction of Modernism”, *Design Issues*, 4. núms. 1y2, número especial (1988), pp.12-24.

³ Reportado en *Cartographic Perspectives: Bulletin of the North American Cartographic Information Society* 1, núm. 1 (1989), p.4

trabajan con mapas.⁴ Para quien tienen que ver con la historia de los mapas, nuestro cuestionamiento de las suposiciones de los cartógrafos resulta especialmente oportuno. De hecho, si la historia de la cartografía va a crecer como un tema interdisciplinario entre las humanidades y las ciencias sociales, las nuevas ideas son fundamentales.

Ahora las preguntas son: ¿de qué forma, como historiadores de la cartografía, escapamos de los modelos normativos de la cartografía?, ¿como permitimos la entrada de nuevas ideas?, ¿cómo empezamos a escribir una historia cartográfica tan genuinamente revisionista como la de Louis Marin, “El rey y su geómetra” (en el contexto de un mapa de París del siglo XVII), o la de William Boelhower, “La cultura del mapa” (en el contexto de los mapas del mundo del siglo XVI que muestran a America por primera vez)?⁵ Estos son los estudios basados en el posmodernismo. En este ensayo también adopto una estrategia dirigida a la deconstrucción del mapa.

El concepto de deconstrucción⁶ es también una clave para cualquier empresa posmoderna. Las estrategias de deconstrucción ahora se encuentran no solo en la filosofía, sino también en otras disciplinas, especialmente en la literatura, y en temas como la arquitectura, la planeación y, más recientemente, en la geografía.⁷ Usare precisamente el método Deconstruccionista para romper el supuesto vinculo entre la realidad y la representación que a dominado el pensamiento cartográfico, lo a guiado en el camino de la “ciencia normal” desde la Ilustración y ha ofrecido una epistemología ya lista y “tomada por un hecho” para la historia de la cartografía. El objetivo es sugerir una epistemología alternativa, arraigada en la teoría social más que en el positivismo científico, es más adecuada para la historia de la cartografía. Se demostrara que incluso los mapas “científicos” son producto no sólo de las “reglas del orden de la geometría y la razón”, sino también de las “normas y los valores del orden y la tradición [...] social.”⁸ Nuestra tarea es buscar las fuerzas sociales que han estructurado la cartografía para luego ubicar la presencia del poder, así como sus efectos, en todo el conocimiento de los mapas.

Las ideas de este ensayo en particular se deben en su mayoría a textos de Foucault y Derrida. Mi enfoque es deliberadamente ecléctico porque en algunos aspectos las posturas teóricas de estos dos autores son incompatibles. Foucault basa sus textos en realidades sociopolíticas y construye sistemas de organización de

⁴ Otros han insistido en lo mismo; véase, en especial, el incisivamente deconstructivo giro del ensayo de Deniss Wood y John Fels, “Designs on Signs/Myth and Meaning in Maps”, *Cartographica* 23, núm.3 (1986), pp.54-103.

⁵ Louis Marin, *Portrait of the King*, trad. Martha M. Houle, *Theory and History of Literature* 57 (Minneapolis, University of Minnesota Press, 1988), pp. 169-179; William Boelhower, *Through a Glass Darkly: Ethnic Semiosis in American Literature* (Venecia, Edizioni Helvetia, 1984), esp. pp.41-53. Véase también W. Boelhower, “Inventing America: A Model of Cartographic Semiosis”, *World and Image* 4, núm. 2 (1988), pp. 475-497.

⁶ A partir de los textos de Jacques Derrida, para conocer una exposición, véase el prefacio del traductor a Jacques Derrida, *Of Grammatology*, trad. Gayatri Chakravorty Spivak (Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1976), pp. IX-LXXXVII; Christopher Norris, *Deconstruction: Theory and Practice* (Londres, Methuen, 1982); y Christopher Norris, Derrida (Cambridge Harvard University Press, 1987).

⁷ Sobre arquitectura y planeación, véase, por ejemplo, Paul, L, Knox (ed.), *The Design Professions and the Built Environment* (Londres, Croom Helm, 1988); Derek Gregory, “Postmodernism and the Politics of Social Theory”, *Environment and Planning D: Society and Space* 5 (1987), pp. 245-248; sobre la geografía, véase Michael Dear, “The Postmodern Challenge: Reconstructing Human Geography”, *Transactions, Institute of British Geographers*, nueva serie. 13 (1988), pp. 262-274.

⁸ Marin, *Portrait of the King*, p. 173; la cita completa aparece mas adelante en este capitulo.

conocimiento del tipo que a Derrida le encanta dismantelar.⁹ No obstante, al combinar ideas diferentes en un terreno nuevo es posible estructurar un esquema de teoría social con el que podemos empezar a cuestionar las agendas ocultas de la cartografía. Un esquema así no ofrece “soluciones” para una interpretación histórica del registro cartográfico, tampoco un método exacto o un conjunto de técnicas, sino una estrategia amplia que puede ayudar a ubicar alguna de las fuerzas fundamentales que han impulsado el trazado de mapas en las sociedades europeas y no europeas. Desde los textos de Foucault, la revelación clave ha sido la omnipresencia del poder en todo el conocimiento, aun cuando ese poder es invisible o esta implícito, incluso dentro del conocimiento específico codificado en los mapas y los atlas. El concepto de Derrida de la retórica de los textos ha representado un reto.¹⁰ Existe una búsqueda de la metáfora y la retórica en los mapas en los que investigadores anteriores solo habían encontrado medidas y topografía. Su pregunta central es una evocación de la máxima mucho más antigua de Korzybski: “el mapa no es el territorio”;¹¹ sin embargo, la deconstrucción va mas allá para llegar al tema de cómo el mapa representa el lugar en un enfoque más definido.

La deconstrucción nos insta a leer entre las líneas del mapa, en los márgenes del texto, y a través de sus tropos, para descubrir los silencios y las contradicciones que desafían la aparente honestidad de la imagen. Comenzamos a saber que los hechos cartográficos son solo hechos dentro de cierta perspectiva cultural. Empezamos a comprender que los mapas, al igual que el arte, lejos de ser una “ventana abierta al mundo” no son más que “una forma humana particular [...] de ver el mundo”.¹²

Las reglas de la cartografía

Una de las principales unidades de análisis de Foucault es el discurso. Se ha definido al discurso como un sistema de posibilidades del conocimiento.¹³ El método de Foucault era preguntar, según se ha dicho,

Qué reglas permiten la elaboración de ciertos enunciados; que reglas ordenan estos enunciados; qué reglas nos permiten identificar algunos enunciados como ciertos y otros como falsos; qué reglas permiten la construcción de un mapa, modelo o sistema de clasificación [...] qué reglas se revelan cuando se modifica o se transforma un objeto de discurso [...] Siempre que se pueda identificar conjunto de reglas de estos tipos, estamos ante una formación discursiva o un discurso.¹⁴

⁹ Como introducción, encuentro de especial utilidad el texto de Edward W. Said, “The Problem of Textuality: Two Exemplary Positions”, *Critical Inquiry* 4, núm.4 (verano de 1978), pp. 673-714; también los capítulos “Jacques Derrida”, de David Hoy, y “Michel Foucault”, de Mark Philp, en Quetin Skinner (ed.), *The Return of Grand Theory in the human Sciences* (Cambridge, Cambridge University Press, 1985), pp. 41-64 y 65-82.

¹⁰ Por otro lado, no adopto algunas de las posturas más extremas atribuidas a Derrida. Por ejemplo, sería inaceptable que una historia social de la cartografía adoptara la opinión de que no hay nada fuera del contexto.

¹¹ Alfred Korzybski, *Science and Sanity: An Introduction to Non-Aristotelian Systems and General Semantics*, 3a ed., con un prefacio nuevo (Lakeville, Conn., The International Non-Aristotelian Library Pub. Co., 1948), pp. 58, 247, 498 y 750-751.

¹² H.G. Blocker, *Philosophy and Art* (Nueva York, Charles Scribner s Sons, 1979), p.43.

¹³ Mark Philp, “Michel Foucault”, p.69.

¹⁴ *Ibid*

Entonces, la pregunta clave para nosotros es: ¿qué tipo de reglas ha normado el desarrollo de la cartografía? Defino la cartografía como un organismo de conocimiento teórico y práctico que emplean los cartógrafos para construir mapas como un determinado de representación visual. Por supuesto que el asunto históricamente específico: las reglas de la cartografía varían en las distintas sociedades. Aquí me refiero en particular a dos conjuntos distintivos de las reglas que han sustentado y dominado la historia de la cartografía occidental desde el siglo XVII.¹⁵ Uno puede definirse como el que rige la producción técnica de los mapas y se indica en los tratados cartográficos y en los textos del periodo.¹⁶ El otro está relacionado con la producción cultural de los mapas. Éstos deben entenderse en un contexto histórico más amplio que el de un simple procedimiento o técnica científicos. Es más, se trata de reglas que por lo general son ignoradas por los cartógrafos, por lo que forman un aspecto oculto de su discurso.

El primer grupo de normas cartográficas, por lo tanto, puede ser definido en términos de una epistemología científica. Por lo menos desde el siglo XVII, los topógrafos y los lectores de mapas europeos han ido promoviendo un modelo científico estándar de conocimiento. El objeto del mapa es producir un modelo “correcto” –en la medida de su semejanza con el original- del terreno. Supone que los objetos del mundo que se van a registrar son reales y objetivos, y que gozan de una existencia independiente del cartógrafo; que su realidad puede ser expresada en términos matemáticos; que la observación y la medición sistemáticas la única ruta a la verdad cartográfica, y que esta verdad puede ser verificada de manera independiente.¹⁷ Los procedimientos tanto de la agrimensura como de la construcción del mapa llegan a compartir estrategias similares a las de la ciencia en general; la cartografía también documenta una historia de instrumentación y medición más precisa, y clasificaciones cada vez más complejas de su conocimiento y una proliferación de signos de representación y, en especial a partir del siglo XIX, el crecimiento de instituciones y de una literatura “profesional” diseñada para monitorear la aplicación y la difusión de las reglas.¹⁸ Es más, aunque los cartógrafos han seguido hablando hipócritamente del “arte y la ciencia” del trazado de los mapas,¹⁹ el arte, como hemos visto, ha sido minimizado en los mapas. A menudo se le ha otorgado un papel ornamental más que central en la

¹⁵ Se define a la “cartografía occidental” como los tipos de mapeo de deslinde que por primera vez fueron totalmente visibles en la ilustración europea y que de ahí se difundieron a otras áreas del mundo como parte de la expansión europea hacia otros continentes.

¹⁶ En la historia de la geografía se ha escrito mucho acerca de las historias de estas reglas y técnicas, aunque no en términos de sus implicaciones sociales ni en el sentido del discurso de Foucault; véase, por ejemplo, los últimos capítulos de G. R. Crone, *Maps and Their Makers: An Introduction to the History of Cartography* (1953, 5ª ed. Folkestone, Kent, Dawson; Hamden, Conn., Arehon Books, 1978).

¹⁷ Para leer una discusión acerca de estas características en relación con la ciencia en general, véase P. N. Campbell, “Scientific Discourse”,

¹⁸ Para conocer algunas evidencias, véase, John A. Wolter, “The Emerging Discipline of Cartography”, tesis doctoral, University of Minnesota, 1975; también, “Cartography An Emerging Discipline”, *Canadian Cartographer*, 12, núm.2 (1975), pp210-216.

¹⁹ Véase, por ejemplo, la definición de cartografía en International Cartographic Association, *Multilingual Dictionary of Technical Terms in Cartography*, ed. E. Meynen (Wiesbaden, Franz Steiner Verlag, 1973), 1,p.3; o más reciente, Helen M. Wallis y Artur H. Robinson (eds.), *Cartographical Innovations: An International Handbook of Mapping Terms to 1900* (Tring, Herts, Map Collector Publications e International Cartographic Association, 1987), p. XI, donde la cartografía “incluye el estudio de los mapas como documentos científicos y obras de arte”.

comunicación cartográfica.²⁰ Aun los filósofos de la comunicación visual, como Arnheim, Eco, Gombrich y Goodman,²¹ han tendido a clasificar a los mapas como un tipo de diagrama congruente (análogos, modelos o “equivalentes” que crean una similitud de la realidad) y, en esencia, distintos del arte o de la pintura. Una cartografía “científica” (así se pensaba) no estaría influida por elementos sociales. Incluso en la actualidad muchos cartógrafos se sorprenden ante la sugerencia de que la teoría política y sociológica pudiera servir a sus prácticas. Quizá se enterrarán ante la mención de la deconstrucción.

La aceptación del mapa como “reflejo de la naturaleza” (empleando una expresión de Richard Rorty)²² también da como resultado muchas otras características del discurso cartográfico, aun cuando sea explícitas. Lo más notable es la creencia en el progreso, es decir, que mediante la aplicación de la ciencia se pueden producir representaciones de la realidad cada vez más precisas. Los métodos de la cartografía han dado como resultado un “conocimiento verdadero, probable, progresivo o muy confirmado”.²³ Este sometimiento mimético ha llevado a una tendencia no sólo a menospreciar los mapas del pasado (descartándolos con una actitud científica chauvinista), sino también a considerar los mapas de las primeras culturas o de las culturas no occidentales (en los cuales las reglas para levantar las cartas eran diferentes) inferiores a los europeos.²⁴ De manera similar, el efecto principal de las reglas científicas era crear un modelo, una buena versión de la “ciencia normal”,²⁵ que permitiera a los cartógrafos construir una pared alrededor de su ciudadela del mapa “verdadero”. Sus bastiones fundamentales eran las medidas y la estandarización, y más allá había una tierra “sin cartografía” donde privaba un ejército de imágenes imprecisas, heréticas, subjetivas, tendenciosas e ideológicamente distorsionadas. Los cartógrafos desarrollaron un “sentido del otro” en relación con los mapas que no se ajustaban. Incluso mapas como los producidos por los periodistas, en los cuales las reglas y los modos de expresión diferentes pudieran ser inadecuados, son evaluados por muchos cartógrafos de acuerdo con normas de “objetividad”, “precisión” y “certeza”. Respecto de esto, la actitud fundamental de muchos cartógrafos es revelada en un libro de ensayos reciente sobre la *Cartographic dans les Médias*.²⁶ Uno de los colaboradores ha destacado cuántos autores pretenden exorcizar del

²⁰ Véase una discusión en J. Morris, “The Magic of Maps: The Art of Cartography”, tesis de maestría, University of Hawaii, 1982.

²¹ Rudolf Arnheim, “The Perception of Maps”, en Rudolf Arnheim, *New Essays on the Psychology of Art* (Berkeley, University of California Press, 1986), pp. 194-202; Umberto Eco, *A theory of Semiotics* (Bloomington, Indiana University Press, 1976), pp. 245-257; E. Gombrich, “Mirror and Map. Theories of Pictorial Representation”, *Philosophical Transactions of the Royal Society Of London*, serie B, tomo 270, Biological Sciences (1975), pp. 119-149; y Nelson Goodman, *Languages of Art: An Approach to a Theory of Symbols* (Indianapolis y Nueva York, Bobbs Merrill, 1968), pp. 170-171 y 228-230.

²² Richard Rorty, *Philosophy and the Mirror of Nature* (Princeton, Princeton University Press, 1979).

²³ Larry Laudan, *Progress and Its Problems: Toward a Theory of Scientific Growth* (Berkeley University of California Press, 1977), p.2.

²⁴ Para conocer una discusión de esas tendencias en la historiografía de los primeros mapas, véase J.B. Harley, “L'Histoire de la Cartographical comme discours”, *Préfaces 5* (diciembre de 1987- enero de 1988), pp. 70-75.

²⁵ En el tan debatido sentido de Thomas S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions* (Chicago, University of Chicago Press, 1962). Para cuestionamiento y discusiones, Véase Imre Lakatos y Alan Musgrave (eds.), *Criticism and the Growth of Knowledge* (Cambridge, Cambridge University Press, 1970).

²⁶ M. Gauthier (ed.), *Cartographic dans les Médias* (Quebec, Presses de l'Université du Québec, 1988).

Ámbito de la cartografía cualquier representación gráfica que no sea una simple imagen planimétrica, y después clasificar todos los demás mapas como “mezcla de reglas cartográficas” [...] la mayoría de los mapas de los periódicos son defectuosos por imprecisos, incorrectos o tendenciosos.²⁷

Se nos ha dicho que Bretaña, en 1984, se estableció una vigilancia de mapas en los medios. “Varios cientos de miembros [de sociedades cartográficas y geográficas] entregaron varios cientos de mapas y diagramas para su análisis que revelaron [según las reglas] numerosas deficiencias comunes, errores e imprecisiones, además de los modelos confusos.”²⁸ En este ejemplo de vigilancia cartográfica se defiende la “ética de la precisión” con cierto fervor ideológico. El lenguaje de la exclusión es el de una serie de contrarios “naturales”: falso y verdadero, objetivo y subjetivo, literal y simbólico, etc. Los mejores mapas son los que tienen una imagen acreditada de objetividad evidente.²⁹

Aun en casos en que las reglas científicas no se perciben en el mapa, se puede notar el intento de normalizar el discurso. La “caja negra” del cartógrafo tiene que ser defendida y sus orígenes sociales suprimidos. La histeria entre los cartógrafos más importantes en cuanto a la popularidad de la proyección de Peters,³⁰ o la resiente expresión de la piedad entre los cartógrafos de Europa occidental y de Norteamérica después de la admisión rusa de haber falsificado sus mapas topográficos para confundir al enemigo, nos da una idea de cómo se juega siguiendo estas reglas. ¿Qué podemos hacer ante los encabezados de los periódicos en 1988 que decían: “Se atrapa a los rusos haciendo mapas” (*Wisconsin Journal*) o “En Occidente, los topógrafos aclaman la verdad” y “Un geógrafo del departamento de Defensa dijo que finalmente los bandidos se dieron cuenta de la verdad y pudieron decirlo” (ambos en el *New York Times*)?³¹ La implicación era que los mapas occidentales no tenían valor. De acuerdo con el vocero, nuestros mapas no son documentos ideológicos y la condena de la falsificación rusa es tanto un eco de la retórica de la Guerra Fría como una crítica cartográfica creíble.

Este ejemplo oportuno también sirve para introducir mí según punto de vista de que las reglas científicas del mapeo están, en todo caso, influido por un grupo de normas bastante distintas: las que gobiernan la producción cultural de los mapas. Para descubrir estas reglas, tenemos que leer entre líneas de los procedimientos técnicos o del contenido topográfico del mapa. Están relacionadas con los valores como los de la etnia,

²⁷ Sona Karentz Andrews, reseña de *Cartographic in the Media*, en *American Cartographer* 16 (1989).

²⁸ W. G. V. Balchin, “The Media Map Watch in the United Kingdom”, en M. Gauthier (ed.), *Cartographic dans les Médias*, pp.33-48.

²⁹ Esta frase es de Ellen Lupton, “Reading Isotype” *Design Issues* 3. núm. 2 (1986), pp.47-58 (cita de la p.53).

³⁰ Arno Peter, *The New Cartography* (Nueva York, Friendship Press, 1983). Entre las respuestas se incluyen: John Loxton, “The Peters Phenomenon”, *Cartographic Journal* 22, núm. 2 (1985), pp. 106-108; “The So-called Peters Projection”, en *ibid.*, pp. 108-110; A. H. Robinson, “Arno Petres and His New Cartography”, *American Cartographer* 12 (1985), pp. 103-111; Phil Porter y Phil Voxland, “Distortion in Maps: The Peters’ Projection and Other Devilments”, *Focus* 36 (1986), pp. 22-30; y, para conocer una perspectiva más equilibrada, John P. Snyder, “Social Consciousness and World Maps”, *Christian Century*, 24 de febrero de 1988, pp.190-192.

³¹ “Soviet Aide Admits Maps Were Faked for 50 Years” e “In West, Map Makers Hail ‘Truth’”, *New York Times*, 3 de Septiembre de 1988; “Soviets Admit Map Paranoia”, *Wisconsin State Journal*, 3 de Septiembre de 1988; “Soviets Caught Mapping!”, *Ottawa Citizen*, 3 de Septiembre de 1988; “Faked Russian Maps Gave the Germans Fits”, *New York Times*, 11 de septiembre de 1988; y “National Geoglasnost?”, *Christian Science Monitor*, 12 de septiembre de 1988.

la política, la religión o la clase social, y también están insertas en la sociedad productora de mapas en general. El discurso cartográfico opera un doble silencio respecto de las posibilidades del conocimiento del mapa. En el mapa mismo, las estructuras sociales a menudo están ocultas bajo un espacio abstracto e instrumental o encarcelado en las coordenadas del mapeo por computadora. En la literatura técnica de la cartografía también son ignoradas, a pesar que pueden ser tan importantes como el levantamiento, la compilación o el diseño en la producción de las declaraciones que la cartografía hace acerca del mundo y de sus paisajes. Este juego entre reglas sociales y técnicas es un aspecto universal del conocimiento cartográfico del conociendo cartográfico. En los mapas, produce el “orden” de sus características y las “jerarquías de sus prácticas”.³² En el sentido de Foucault, las reglas nos permitan definir una *episteme* y trazar una arqueología de ese conocimiento a través del tiempo.³³

Para ilustrar su poder en la estructuración de la representación cartográfica, se ofrecerán dos ejemplos de cómo se manifiestan esas reglas en los mapas. El primero es la bien sabida adhesión a la “regla de etnocentrismo” en la construcción de mapamundis. Esto ha llevado a muchas sociedades a través de la historia a ubicar sus territorios en el centro de sus cosmografías o mapas mundiales. Mientras que por un lado puede ser peligroso asumir universalidad, aunque hay excepciones, esta regla es evidente en los diagramas cósmicos de los indios norteamericanos precolombinos, al igual que los mapas que la antigua Babilonia, Grecia o China, o en los mapas medievales del mundo islámico y de la Europa Cristiana.³⁴ No obstante, también es importante al aplicar a la cartografía la crítica al conocimiento de Foucault el hecho de que la historia de la regla del etnocentrismo no va de acuerdo con la historia “científica” del trazado de los mapas. Por lo tanto, el Renacimiento científico en Europa dio a la cartografía moderna sistemas de coordenadas; Euclides, escalas de mapas y mediciones precisas, aunque también ayudo a confirmar el nuevo mito de la centralidad ideológica europea a través de las proyecciones como la de Mercator.³⁵ O, de nuevo en nuestro siglo, una tradición exclusiva de los Estados Unidos fue reforzada antes de la Segunda Guerra Mundial al ubicarla en su hemisferio (“nuestro hemisferio”) en el mapa mundial.³⁶ A través de la historia de la cartografía, a menudo se centran en los mapas las “tierras santas” ideológicas. Este centralismo, una suerte de “geometría subliminal”,³⁷ agrega fuerza geopolítica y significado a la representación. También es cuestionable el hecho de que tales mapas mundiales a su vez hayan contribuido a la codificación,

³² Michel Foucault, *The Order of Things: an Archaeology of the Human Sciences*, trad. De Les Mots et les Choses (Nueva York, Vintage Books, 1973), p. XX.

³³ *Ibid.*, p. XXII.

³⁴ Muchos comentaristas han señalado esta tendencia. Véase, por ejemplo, Yi-Fu Tuan, “Ethnocentrism, Symmetry, and Space”, *Topophilia: A Study of Environmental Perception, Attitudes, and Values* (Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall, 1974), cap. 4, pp.30-44. Sobre este aspecto de los mapas antiguos y medievales, véase J.B. Harley y David Woodward (eds.), *The History of Cartography* tomo. 1, *Cartography in Prehistoric, Ancient, and Medieval Europe and the Mediterranean* (Chicago, University of Chicago Press, 1987). Sobre los mapas de Islam y China, véase *ibid.*, tomo 2, *Cartography in the traditional Islamic Asian Societies*.

³⁵ Peters, *The New Cartography*, *passim*.

³⁶ Para saber la historia completa de esta “regla”, véase Arthur P. Whitaker, *The Western Hemisphere Idea: Its Rise and Decline* (Ithaca, Nueva York, Cornell University Press, 1954); También S. Whittemore Boggs, “This Hemisphere”, *Department of State Bulletin* 12, núm. 306 (6 de mayo de 1945), pp. 845-850; Alan K. Henrikson, “The Map as an ‘Idea’: The Role of Cartographic Imagery During the Second World War” *American Cartographer* 2, núm. 1 (1975) pp. 19-53.

³⁷ J. B. Harley, “Maps, Knowledge and Power”, en Denis Cosgrove y Stephen Daniels (eds.), *The Iconography of Landscape* (Cambridge, Cambridge University Press, 1988), pp. 289-290.

legitimación y promoción de las visiones del mundo prevalecientes en los distintos periodos y lugares.³⁸

Un segundo ejemplo es como las “reglas del orden social” parecen insertarse en los códigos y espacios más pequeños de la transcripción cartográfica. La historia de la cartografía europea desde el siglo XVII ofrece muchos ejemplos de esta tendencia. Tomemos un mapa impreso o manuscrito casi al azar y lo que destaca es la forma definitiva en la que el texto es tanto un comentario sobre la estructura social de una nación o lugar específico como sobre su topografía. El cartógrafo con frecuencia está tan ocupado registrando los contornos del feudalismo, la forma de la jerarquía religiosa o los pasos en los escalones de la clase social,³⁹ como la topografía del paisaje físico y humano.

La razón por la cual los mapas pueden resultar tan convincentes en este aspecto es que las reglas de la sociedad y las de las mediciones se refuerzan entre sí en la misma imagen. Al escribir sobre el mapa de París, levantado en 1652 por Jacques Gomboust, el ingeniero del rey, Louis Marin señala “esta discreta estrategia de simulación-disimulación”:

El conocimiento y la ciencia de la representación, para demostrar la verdad que este tema declara abiertamente, se mueven conforme a una jerarquía social y política. Se tenía que ofrecer pruebas de su verdad “teórica” y ellas son los signos reconocibles; sin embargo, la economía de estos signos, entre su disposición en el plano cartográfico, ya no obedece a las reglas del orden de la geometría y la razón, sino más bien a las normas y los valores del orden de la tradición social y religiosa. Sólo las Iglesias y mansiones importantes se benefician de los signos naturales y de la visible armonía que mantienen con lo que representan. Las construcciones de la ciudad y los hogares privados, precisamente porque son lugares privados y no públicos, sólo gozarán del derecho a una representación general y común de un signo arbitrario e institucional, el más pobre, el más elemental (quizá, por esto mismo, principal) de los elementos geométricos; el punto idénticamente reproducido en serie.⁴⁰

Una vez más, de manera bastante similar a “la regla del etnocentrismo”, esta jerarquización del espacio no es un acto consciente de la representación cartográfica. Mas bien se da por hecho en una sociedad que el lugar del rey es más importante que el de un Barón, que un castillo es más importante que la casa de un campesino, que la ciudad de un arzobispado es más importante que la de un prelado menor, o que el estado

³⁸ El nexo entre el mapa actual, como fuente principal de nuestra visión del mundo, y la *mentalité* aún tiene que ser explorado con mayor profundidad. Para conocer algunos nexos contemporáneos, véase, Alan K. Herikson, “Framenworks for the World”, prefacio de Ralph E. Ehrenberg, *Scholar's Guide to Washington, D. C., for Cartography and Remote Sensing Imagery* (Washington, D.C., Smithsonian Institution Press, 1987), pp. VIII-XIII. Para leer un informe sobre la investigación que pretende medir la esta influencia en los mapas cognitivos de los individuos en distintas áreas del Mundo, véase, Thomas F. Saarinen, *Centering of Mental Maps of the World* (Tucson, Arizona, Departament of Geography and Regional Development, 1987).

³⁹Para una discusión general, véase, J.B. Harley, “Maps, Knowledge, and Power”, pp. 292-294; en mi ensayo “Power and Legitimation in the English Geographical Atlases of the Eighteenth Century”, en John A. Wolter y Ronald E. Grim (eds.) *Images of the World: The Atlas through History* se discuten estas “reglas del orden social” en los mapas de Unna sociedad histórica.

⁴⁰Marin *Portrait of the King*, p. 173.

de un caballero dueño de las tierras merece mayor énfasis que el de un simple granjero. La cartografía despliega su vocabulario de manera tal que representa una desigualdad social sistemática. Las diferencias de clases y poder son maquinadas, construidas y legitimadas en el mapa mediante signos cartográficos. La regla parece ser: “mientras más poder, mayor prominencia”. A quienes tienen fuerza en el mundo se les agrega la fuerza del mapa. Mediante los trucos del oficio cartográfico (tamaño de los símbolos, grosor de la línea, altura de las letras, efectos y sombreados, adición de color) podemos rastrear esta tendencia enfática en innumerables mapas europeos. Empezamos ahora a ver cómo los mapas, al igual que el arte, se vuelven un mecanismo “para definir las relaciones, sostener las reglas y reforzar los valores sociales”.⁴¹

En el caso de estos dos ejemplos de reglas trato de mostrar que éstas operan tanto dentro y más allá de las estructuras de clasificación y medición. Van más lejos que los fines establecidos de la cartografía. Gran parte del poder del mapa, como una representación de la geografía social, es que trabaja detrás de una máscara de ciencia aparentemente neutral. Esconde y niega sus dimensiones sociales al tiempo que las legitima. No obstante, desde donde las veamos, las reglas de la sociedad sobrevivirán. Han logrado que los mapas sean, por lo menos, una imagen del orden social así como la medición del mundo fenomenal de los objetos.

La deconstrucción y el texto cartográfico

Para adentrarnos en el asunto de las reglas cartográficas, es decir, el contexto social dentro del cual se da la forma de conocimiento del mapa, tenemos que observar el texto cartográfico. Se elige deliberadamente la palabra *texto*. Es generalmente aceptado que el modelo de texto puede tener una aplicación más amplia que solo la de los literarios. A texto que no son libros, como las composiciones musicales y las estructuras arquitectónicas, podemos con toda confianza agregar los gráficos que llamamos mapas.⁴² Se ha dicho que “lo que constituye un texto no es la presencia de elementos lingüísticos, sino el acto de la construcción”, de manera que los mapas, como “construcciones que emplean un sistema convencional de signos”,⁴³ se vuelven texto. Con Barthes podemos decir que “presuponen una conciencia de significado” que nos toca descubrir.⁴⁴ *Texto* es una metáfora mejor para los mapas que la del reflejo de la naturaleza. Los mapas son textos culturales. Al aceptar su textualidad podemos abarcar diversas posibilidades interpretativas. En lugar de ver sólo la transparencia de la claridad, se puede descubrir también la plenitud de la opacidad. Al hecho se puede agregar

⁴¹ Clifford Geertz, “Art as a Cultural System”, en *Local Knowledge: Further Essays in Interpretive Anthropology* (Nueva York, Basic Books, 1983), p. 99.

⁴² Esto es un fragmento convincente por D. F. McKenzie en *Bibliography and the Sociology of texts* (Londres, British Library, 1986), esp. pp. 34-39, donde discute la textualidad de los mapas. Arthur H. Robinson y Barbara Bartz Petchenik, *The Nature of Maps: Essays Howard Understanding Maps and Mapping* (Chicago University of Chicago press, 1976), p. 43, niega la metáfora del mapa como lenguaje, establecen “que los sistemas, mapa y lenguaje, son esencialmente incompatibles” y utilizan para su opinión los conocidos fundamentos de la literalidad en cuanto a que el lenguaje es verbal, que las imágenes no tienen vocabulario, que no existe gramática y que está ausente la secuencia temporal de la sintaxis. Más que aislar las diferencias sin embargo, ahora parece más constructiva enfatizar las *similitudes* entre el mapa y el texto.

⁴³ McKenzie, *Bibliography*, p.35.

⁴⁴ Roland Barthes, *Mithologies: Selected and Translated from the French by Annette Lavers* (Londres, Paladin, 1973), p.110.

el mito y, en vez de inocencia, podemos esperar dualidad. Más que trabajar con una ciencia formal de comunicación o con una secuencia de procesos técnicos, dirigimos nuestro interés a una historia y una antropología de la imagen, y aprendemos a reconocer las cualidades narrativas de la representación cartográfica,⁴⁵ así como su exigencia de ofrecer una imagen sincrónica del mundo. Es más, es probable que todo esto lleve a un rechazo de la neutralidad de los mapas en la medida en que lleguemos a definir sus intenciones más que el aspecto literal de la representación, y comencemos a aceptar las consecuencias sociales de las prácticas cartográficas. No quiero decir que el camino de una investigación textual ofrezca un conjunto simple de técnicas para leer mapas contemporáneos o históricos. En algunos casos tendremos que concluir que hay muchos aspectos de su significado que son indescifrables.⁴⁶

La deconstrucción, como un análisis del discurso en general, exige una lectura más detallada y profunda del texto cartográfico de lo que ha sido la práctica general en la cartografía y en la historia de la cartografía. Puede considerarse como una búsqueda de significados alternativos. Se dice que “Deconstruir es reinscribir y reubicar significados, acontecimientos y objetos dentro de movimientos y estructuras más amplios; por decirlo de alguna manera, es como volver al revés un hermoso tapiz con el fin de exponer, en esa confusión enmarañada tan poco glamorosa, los hilos que constituyen la bien tejida imagen que presenta al mundo”.⁴⁷ El mapa publicado tiene también una imagen bien tejida y nuestras lecturas tienen que ir más allá de la evaluación de la precisión geométrica, más allá de la ubicación de los sitios y más allá del reconocimiento de patrones y geografías topográficas. Esta interpretación comienza en la premisa de que el texto del mapa puede contener “contradicciones imperceptibles o conflictos de duplicidad”⁴⁸ que deterioran la aparte superficial de la objetividad estándar. Los mapas son como clientes que se pueden ir. De los mapas se puede decir lo mismo que W.J.T. Mitchell dice cuando habla de las lenguas y de las imágenes en general, y quizá tengamos que considerarlos “enigmas, problemas que necesitan explicaciones, casas-prisión que apartan el conocimiento de mundo”. Debemos tomarlos como “el tipo de signos que presentan una apariencia engañosa de naturalidad y apariencia que ocultan un mecanismo de representación opaco, distorsionado y arbitrario”.⁴⁹ A lo largo de la historia de la cartografía moderna Occidental, por ejemplo, ha habido numerosos ejemplos de falsificación de mapas, de ocasiones que han sido censurados o mantenidos en secreto, o bien, han contradicho de manera subrepticia las reglas de su supuesto estatus científico.⁵⁰

Como en el caso de estas prácticas, la deconstrucción del mapa se enfoca en aspectos de los mapas que muchos intérpretes han comentado. En su texto “Movimientos deconstructivos más típicos de Derrida”, Christopher Norris señala que

⁴⁵ Las cualidades narrativas de la cartografía son introducidas por Denis Wood en “Pleasure in the Idea: The Atlas as Narrative Form”, en *Atlases for Schools: Design Principles and Curriculum Perspectives*, R.J.B. Carswell, G.J.A. de Leeuw y N.W. Waters (eds.), *Cartographica* 24, núm.1 (1987), pp. 24-45(monografía 36).

⁴⁶ La ambigüedad del significado textual es una parte central de la crítica de Derrida a la filosofía, véase la discusión que hace Hoy en “Jacques Derrida”.

⁴⁷ Terry Eagleton, *Against the Grain* (Londres, Verso, 1989), p. 80, citado en Edward W. Soja, *Postmodern Geographies* (Londres, Verso, 1989), p.12.

⁴⁸ Hoy, “Jacques Derrida”, p. 540.

⁴⁹ W.J.T. Mitchell, *Iconology: Image, Text, Ideology* (Chicago, University of Chicago Press, 1986), p.8.

⁵⁰ J.B. Harley, “Silences and Secrecy: The Hidden Agenda of Cartography in Early Modern Europe”, *Imago Mundi* 40 (1988), pp. 57-76.

La deconstrucción es la búsqueda vigilante de aquellas “aporías”, puntos ciegos o momentos de contradicción en los que un texto traiciona involuntariamente el conflicto existente entre la retórica y la lógica, entre lo que abiertamente *trata de decir* y lo que, no obstante, *reprime decir*. “Deconstruir” un fragmento de texto es, por lo tanto, poner a funcionar una suerte de estrategia inversa buscando, precisamente, en todos esos detalles que se han descuidado (metáforas incidentales, pies de página, giros causales del argumento) y que siempre, y necesariamente, fueron pasados por alto por los intérpretes de una tendencia más ortodoxa. Es aquí, en los márgenes del texto, según los define un consenso fuertemente normativo, que la deconstrucción descubre el funcionamiento de esas mismas fuerzas desconcertante.⁵¹

Un buen ejemplo de cómo se podría Deconstruir uno de los primeros mapas, comenzando por lo que hasta ahora hemos considerado sus “metáforas causales” y “pies de página”, se encuentra en estudios recientes que reinterpretan el estatus de arte decorativo de los mapas europeos de los siglos XVII y XVIII. Más que detalles marginales sin ninguna consecuencia, los emblemas de las tarjetas y la decoración de las portadas pueden considerarse fundamentales en cuanto a la forma en que transmiten su significado cultural⁵² y contribuyen a abatir la crítica de que la cartografía produce una ciencia gráfica imparcial. Sin embargo, la posibilidad de esta revisión no se limita a los mapas históricos “decorativos”. Un ensayo reciente de Wood y Fels sobre el mapas estatal oficial de carreteras de Carolina de Norte⁵³ revela una mucho mejor aplicabilidad de una estrategia deconstructiva comenzando por los “márgenes” del mapa contemporáneo. También tratan al mapa como texto y, a partir de las ideas del mito como sistema semiológico de Roland Barthes,⁵⁴ desarrollan una fuerte crítica social de la cartografía que, aunque con un enfoque estructuralista, tiene resultados deconstruccionistas. Empiezan, deliberadamente, con los márgenes del mapa o, mejor dicho, con el tema expresado en las letras impresas:

Un lado lo ocupa un inventario de los sitios de interés de Carolina del Norte, ilustrados con fotografías y, entre otras cosas, una especie de antílope con cuernos (que se encuentra en el zoológico del estado), una mujer cheroki haciendo joyas con cuentas, un telesquí, una duna de arena (pero no ciudades), un horario del ferry, un mensaje de bienvenida del entonces gobernador, una oración del conductor (“Padre nuestro, en este día te pedimos una bendición muy especial cuando tomamos el volante de nuestro auto”). Por otro lado, Carolina del Norte, pegada en los márgenes de las Carolinas del Sur, Georgias y Tennessee amarillos pálido, y lavada por un Atlántico azul claro, es representada por una mezcla de líneas rojas, negras, verdes, y amarillos sobre un

⁵¹ Christopher Norris, *Derrida* (Cambridge, Harvard University Press, 1987), p.19.

⁵² Más recientemente, G. N. G. Clarke, “Taking Possession: The Cartouche as Cultural Text in Eighteenth Century American Maps”, *Word and Image* 4, núm. 2 (1988), pp.455-474; también J. B. Harley, “Maps, Knowledge, and Power”, esp. pp. 296-299, y J. B. Harley, “Meaning and Ambiguity in Tudor Cartography”, en Sarah Tyacke (ed.), *English Map-Making, 1500-1650: Historical Essays* (Londres, British Library Reference Division Publications, 1984), pp. 22-45; y J. B. Harley, “Power and Legitimation in the English Geographical Atlases”.

⁵³ Wood y Fels, “Designs on Signs”.

⁵⁴ Roland Barthes, “Myth Today”, en R. Barthes, *Mythologies*, pp. 109-159.

fondo blanco engrosada en las intersecciones por mareas negras a puntos rosas [...] A la izquierda de encuentra dibujado un cardenal (ave representativa del estado) sobre una rama de cerezo (flor representativa del estado) en flor encima de una abeja a mitad de vuelo (insecto representativo del estado).⁵⁵

¿Qué significan estos emblemas?, ¿son simplemente un adorno agradable para el viajero? O ¿puede darnos información acerca de la producción social de estos mapas de carretera? Un deconstruccionista puede decir que estos significados son indescifrables; sin embargo, también queda claro que el mapa estatal oficial de carreteras de Carolina del Norte hace otro tipo de afirmaciones dialógicas detrás de su máscara de inocencia y transparencia. No estoy diciendo que estos elementos obstaculicen la llegada del viajero del punto A al punto B, sino que existe un segundo texto dentro del mapa. Ningún mapa está desprovisto de una dimensión intertextual y, también en este caso, este descubrimiento nos permite revisar la imagen como algo más que una imagen neutral de una red de caminos.⁵⁶ Sus “usuarios” no son los conductores comunes, sino también del estado de Carolina del Norte que se ha adueñado de esta publicación (distribuida en millones copias) como un recurso promocional. El mapa se ha convertido en un instrumento de política del estado así como de la soberanía.⁵⁷ Al mismo tiempo, es más que una afirmación del dominio de Carolina del Norte sobre su territorio. Por otro la, también construye una geografía mítica, un paisaje lleno de “puntos de interés”, con encantamientos de lealtad a los emblemas estatales y a los valores de la fe cristiana. La jerarquía de las ciudades y los caminos que las conectan y dominan visualmente se han convertido en el orden natural legítimo del mundo. El mapa finalmente insiste en que los caminos en realidad *son* lo que es Carolina del Norte.⁵⁸ El mapa hace de nuestro enamoramiento por el automóvil un objeto de adoración. El mito es creíble.

Muy probablemente en cartógrafo piense de manera automática que este argumento deconstruccionista es “basura”: “Bueno, después de todo es un mapa estatal de carreteras. Está diseñado para ser popular y útil al mismo tiempo. Esperamos que exagere la red de caminos y muestre a los conductores los puntos de interés. Se trata de un mapa derivado, no de uno básico.”⁵⁹ No es un mapa científico. Recurrir al mapa científico fundamental es siempre la última defensa del cartógrafo cuando pretende negar las relaciones sociales que invaden su tecnología.

En este punto puede resultar de gran ayuda la estrategia de Derrida para extender tal interpretación a todos los mapas, científicos o no, básicos o derivados. De la misma forma que en la deconstrucción de la filosofía Derrida lograba demostrar “cómo el nivel

⁵⁵ Wood y Fels, “Designs on Signs”, p.54.

⁵⁶ Sobre la intertextualidad de todos los discursos, con aspecto que funcionan para el análisis de la cartografía, véase Tzvetan Todorov, *Mikhail Bakhtin: The Dialogical Principle*, trad. Wlad Godzich (Minneapolis, University of Minnesota Press, 1984), pp. 60-74; véase también M. M. Bakhtin, *The Dialogic Imagination: Four Essays*, ed. Michael Holquist, trads. Carril Emerson y Michael Holquist (Austin, University of Texas Press, 1981). Agradezco estas referencias al Doctor Cordell Yee, Proyecto de historia de la Cartografía de la Universidad de Wisconsin en Madison.

⁵⁷ Wood y Fels, “Designs on Signs”, p. 63.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 60.

⁵⁹ La división de “básica” y “derivada”, así como la de “propósitos generales” y “temáticos” es una de las diferenciaciones axiomáticas hechas a menudo por los cartógrafos. Sin embargo, la deconstrucción, al hacer explícito el papel de fuerzas como la intención, el mito, el silencio y el poder en los mapas, tenderá a disolverse esta oposición en cuanto a fines interpretativos, excepto en el sentido de que un mapa a menudo se copia i se deriva de otro.

supuestamente literal es intensamente metafórico”,⁶⁰ podemos demostrar que un “hecho” cartográfico es también un símbolo. En los mapas científicos “simples”, la misma ciencia se convierte en metáfora. Tales mapas contienen una dimensión de realismo simbólico que es también una declaración de autoridad y control políticos al igual que un escudo de armas o el retrato de una reina en la parte superior de un mapa decorativo antiguo. La metáfora ha cambiado. El mapa ha tratado de deshacerse de la ambigüedad y de las posibilidades alternativas.⁶¹ La precisión y la austeridad de diseños ahora son los nuevos talismanes de la autoridad que culmina en nuestra era con el mapeo por computadora. Este proceso se puede seguir muy claramente en la historia del mapeo en la Ilustración en Europa. La topografía reflejada en los mapas, planimétricamente cada vez más detallado y preciso, se ha convertido en metáfora de una filosofía utilitaria y de su deseo de poder. La cartografía inscribe este modelo cultural sobre el papel y podemos examinarlo en diversas escalas y tipos de mapas. La precisión de los instrumentos y la técnica sirve exclusivamente para reforzar esta imagen, con su incrustación del mito, como una perspectiva selectiva del mundo. Del mismo modo, los mapas de estados locales del *ancien régime europeo*, aunque derivados de una medición instrumental, era la metáfora de una estructura social basada en la propiedad de la tierra. Los mapas de condado y regionales, aunque fundamentados en una triangulación científica, eran la articulación de los valores y los derechos locales. Los mapas de los estados europeos, aunque contruidos a lo largo de los meridianos, todavía servían como representación simbólica abreviada de un complejo de ideas nacionalistas. Y los mapamundis, aunque cada vez más basados en proyecciones matemáticamente definidas, daban, sin embargo, un giro total hacia el destino manifiesto de las conquistas y la colonización europeas del otro lado del océano.⁶² En cada uno de estos ejemplos se ve el contorno de la metáfora en el mapa científico. Por lo tanto, se amplía nuestra comprensión del funcionamiento del texto como instrumento de opera en una realidad social.

En la teoría deconstruccionista, el papel de la retórica está fuertemente vinculado al de metáfora. Al concluir esta sección del ensayo señalaré que a pesar de los esfuerzos científicos de la cartografía para convertir la cultura en naturaleza y para naturalizar la realidad social,⁶³ se ha mantenido como un discurso inherentemente retórico. Otra lección de la crítica de la filosofía que hace Derrida es “que los modos de análisis retorico, por lo tanto aplicado principalmente a textos literarios, son de hecho indispensables para la lectura de *cualquier* tipo de discurso”.⁶⁴ No hay nada revolucionario en la idea de que la cartografía es un arte de comunicación persuasiva. Ahora es un lugar común escribir acerca de la retórica de las ciencias humanas en el sentido clásico de la retórica de mundo.⁶⁵ Incluso los cartógrafos, así como sus críticos,

⁶⁰ Hoy, “Jacques Derrida”, p. 44.

⁶¹ Deduzco esta idea de Eagleton, *Literary Theory*, p. 135, acerca de las ideas de Roland Barthes.

⁶² Estos ejemplos son de J.B. Harley, “Maps Knowledge, and Power”, p. 300.

⁶³ Eagleton, *Literary Theory*, pp. 135-136.

⁶⁴ Norris, *Deconstruction*, p.19.

⁶⁵ Véase, por ejemplo, Donald N. McCloskey, *The Rhetoric of Economics* (Madison, University of Wisconsin Press, 1985), y John S. Nelson, Allan Megill y Donald N. McCloskey (eds.), *The Rhetoric of the Human Sciences: Language and Argument in Scholarship and Public Affairs* (Madison, The University of Wisconsin Press, 1987).

están empezando a mencionar el concepto de una cartografía retórica; sin embargo, aún se carece de una lectura retórica profunda de los mapas.⁶⁶

El tema en discusión no es si algunos mapas son retóricos, o si otros lo son parcialmente, sino hasta qué grado la retórica es un aspecto universal de todos los textos cartográficos. Luego entonces, para algunos cartógrafos el concepto de retórica seguiría siendo un término peyorativo. Se trataría de una retórica vacía sin esencia dentro del contenido científico de un mapa. La retórica se usaría entonces para hacer referencia a los excesos del mapeo de propagando o de cartografía promocional, o se trataría de científico. Mi postura es aceptar que la retórica es parte de la forma en que funcionan todos los textos, de modo que todos los mapas son textos retóricos. De nuevo tenemos que dismantelar el dualismo arbitrario que existe entre propaganda y la verdad, y entre los modos de representación artística y científica encontrados en los mapas. Todos los mapas tratan de enmarcar su mensaje en el contexto de un público. Todos los mapas plantean argumentos acerca del mundo y son propositivos por naturaleza. Todos los mapas emplean los recursos comunes de la retórica como invocaciones de la autoridad (*especialmente en los mapas científicos*)⁶⁷ y recurren a lectores potenciales a través del uso de colores, decoración, tipografía, dedicatorias o justificaciones escritas de su método.⁶⁸ La retórica se puede ocultar; sin embargo, siempre está presente, ya que no existe descripción sin actuación.

Los pasos en el trazado de un mapa (selección, omisión, simplificación, clasificación, creación de jerarquías y simbolización) son inherentemente retóricos. Tanto en sus intenciones como en sus aplicaciones representan propósitos humanos subjetivos más que corresponder al funcionamiento de alguna “ley fundamental de generalización cartográfica”.⁶⁹ De hecho, la libertad de la maniobra retórica del cartógrafo es considerable; aquel que traza un mapa simplemente omite los aspectos del mundo que se encuentran fuera de los propósitos del discurso inmediato. No ha habido límites a las variedades de los mapas desarrolladas históricamente como respuesta a diferentes propósitos de argumento, dirigidos a distintos objetivos retóricos y que representan diferentes suposiciones acerca de lo que es la práctica cartográfica sólida. El estilo de los mapas no era sólo uno en el pasado, como tampoco lo es en la actualidad. Se ha dicho que “el código retórico adecua a su mapa el estilo más provechoso para el mito que pretende difundir”⁷⁰ En lugar de pensar en términos de mapas retóricos *versus* no retóricos puede resultar de mayor utilidad hacerlo en términos de una teoría de la retórica cartográfica que adecue este aspecto fundamental de la representación a todos los tipos de texto cartográfico. Entonces, no me interesa privilegiar la retórica sobre la

⁶⁶ Para saber una notable excepción, Véase Wood y Fels, “Designs on Signs”. Un ejemplo interesante de retórica cartográfica en los atlas históricos se describe en Walter Goffart, “The Map of the Barbarian Invasions: A Preliminary Report”, *Nottingham Medieval Studies* 32 (1988), pp. 49-64.

⁶⁷ En Wood y Fels, “Designs and signs”, p.99, se dan ejemplos para mapas topográficos de diagramas de confiabilidad, coordenadas múltiples y diagramas de errores magnéticos; en mapas temáticos “las trampas de los símbolos de la escala F y grises divididos psicométricamente” son una forma similar de aseveración retórica.

⁶⁸ La “carta” incorporada al mapa de París de Gomboust, como se dice en Marin, *Portrait of the King*, pp. 169-174, es un buen ejemplo.

⁶⁹ Aún se le da crédito en algunos libros de textos; véase, por ejemplo, Arthur H. Robinson, Randall D. Sale, Joel L. Morrison y Phillip C. Muehrcke, *Elements of Cartography*, 5ª ed. (Nueva York, John Wiley & Sons, 1984), p.127.

⁷⁰ Wood y Fels, “Designs on Signs”, p.71.

ciencia, sino disolver la diferencia ilusoria entre las dos respecto de la lectura de los propósitos sociales, así como del contenido de los mapas.

Los mapas y el ejercicio del poder

Finalmente, regreso a Foucault. Al hacerlo tengo en mente la crítica de Foucault a Derrida por tratar “de restringir la interpretación a un nivel puramente sintáctico y textual”,⁷¹ un mundo donde las realidades políticas ya no existan. Foucault, por otra parte, pretendía descubrir “las prácticas sociales que el texto refleja y emplea” y “reconstruir el marco técnico y material en que surgió”.⁷² A un que la deconstrucción contribuye a cambiar el clima epistemológico y a impulsar una lectura retórica de la cartografía, mi interés fundamental radica en sus dimensiones social y política, y en comprender como funcionan los mapas en la sociedad como un tipo de poder-conocimiento. Esto cierra el círculo a una forma de la historia cartográfica dependiendo del contexto.

Ya hemos visto por qué se puede considerar que la cartografía es un discurso, un sistema que ofrece un conjunto de reglas de representación del conocimiento que toman forma en las imágenes que definimos como mapas y atlas. No es difícil encontrar a los mapas, especialmente a los producidos y manipulados por el Estado, un nicho en la “matriz poder-conocimiento del orden moderno”.⁷³ En especial cuando los mapas son encargados por el gobierno (o son derivados de estos mapas) es fácilmente observable su manera de extender y reforzar los estatus legales, los imperativos territoriales y los valores que surgen del ejercicio del poder político. No obstante, para entender cómo funciona el poder a través del discurso cartográfico y los efectos de ese poder en la sociedad, se necesita un análisis más profundo. Un simple modelo de dominación y subversión no es adecuado y propongo establecer una diferencia entre el poder *externo* y el poder *interno* en la cartografía. Esto se deriva principalmente de las ideas de Foucault acerca del poder-conocimiento; sin embargo, esta formulación particular pertenece al reciente libro de Joseph Rouse, *Knowledge and Power*,⁷⁴ en el que vasa una teoría del poder interno en la ciencia, en su lectura de Foucault.

En el sentido de poder más común en la cartografía es el del poder *externo* a los mapas y el mapeo. Éste sirve para relacionar a los mapas con los centros de poder político. El poder se ejerce *sobre* la cartografía. Detrás de la mayoría de los cartógrafos está una persona que encarga un mapa; en numerosos casos, quienes producen los textos cartográficos respondían a necesidades externas. Por otra parte, el poder también se ejerce con la cartografía. Monarcas, ministros, instituciones estatales, la Iglesia, todos han iniciado programas de mapeo para fines particulares. En la sociedad occidental moderna, los mapas rápidamente se volvieron cruciales para la conservación del poder del Estado (para sus fronteras, comercio, administración interna, control de población y fuerza militar). El mapeo pronto se convirtió en el negocio del Estado: la cartografía se nacionalizó con brevedad. El Estado conserva su conocimiento celosamente, los mapas han sido universalmente censurados, mantenidos en secreto y falsificados. En todos estos

⁷¹ Hoy, “Jacques Derrida”, p. 60; para un análisis más profundo, véase Norris, *Derrida*, pp.213-220.

⁷² Hoy, “Jacques Derrida”, p. 60.

⁷³ Philp, “Michel Foucault”, p. 76.

⁷⁴ Joseph Rouse, *Knowledge and Power: Toward a Political Philosophy of Science* (Ithaca, Cornell University Press, 1987).

casos, los mapas están relacionados con lo que Foucault llamó el ejercicio del “poder jurídico”.⁷⁵ El mapa se vuelve un “territorio jurídico”: facilita la medición del terreno y su control. Los mapas todavía se usan para controlar nuestra vida de diversas maneras. Una sociedad sin mapas, aunque para nosotros los mapas sean un hecho, es políticamente inimaginable. Todo esto ejemplifica el poder con la ayuda de los mapas. Es un poder externo, con frecuencia centralizado y ejercido de manera burocrática, impuesto desde arriba y manifiesto en actos específicos o en fases de política deliberada.

Ahora llego a la diferenciación importante. Lo que también es fundamental para los efectos de los mapas en la sociedad es lo que se puede definir como poder *interno* de la cartografía. El foco del cuestionamiento ahora cambia del lugar de la cartografía en un sistema jurídico de poder a los efectos políticos de lo que los cartógrafos hacen cuando trazan los mapas. Los cartógrafos producen poder; son los creadores de un panóptico especial. Su poder está inserto en el texto cartográfico: podemos hablar de un “poder cartográfico” así como hablamos de poder de la palabra o del libro como una fuerza del cambio. En este sentido, los mapas tiene su “política”,⁷⁶ un poder que se entrelaza con el conocimiento y que es inherente a él: se trata de un poder universal. Foucault escribe acerca de “la omnipresencia del poder, no porque tenga privilegio de consolidarlo todo bajo su invencible unidad, sino porque produce de un momento a otro, en todos los puntos o, más bien, en todas las relaciones que existen de un punto a otro. El poder está en todas partes; no porque lo cubra todo, sino porque proviene de todos lados”.⁷⁷ El poder viene del mapa y atraviesa la forma en que están hechos los mapas. La clave de este poder interno es, entonces, el proceso cartográfico. Con esto me refiero a cómo está compilados los mapas y a cómo se eligen las categorías de información; la manera en que se generalizan, el conjunto de normas para la abstracción del paisaje; cómo los elementos del paisaje se forman en jerarquías, y como los diferentes estilos retóricos, que a su vez reproducen el poder, son empleados para representar el paisaje. Clasificar el mundo es apropiarse de él.⁷⁸ de tal manera que todos estos procesos técnicos representan actos de control sobre sus imagen, que se extiende más allá de los supuestos usos de la cartografía. Se disciplina al mundo. Se normaliza al mundo. Somos prisioneros en su matriz espacial. Para la cartografía, al igual que para otras formas de conocimiento, “toda acción social cruza las fronteras determinadas por los esquemas de clasificación”.⁷⁹ Se puede establecer una analogía entre lo que sucede con los datos en el taller del cartógrafo y lo que pasa a la gente en las instituciones disciplinarias (prisiones, escuelas, ejercito, fábricas) descritas por Foucault;⁸⁰ en ambos casos se da un proceso de normalización. O, de manera similar, al igual que en las fábricas estandarizamos nuestros bienes manufacturados, en nuestros talleres cartográficos

⁷⁵ Michel Foucault, *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*, ed. Colin Gordon, trads. Colin Gordon, Leo Marshall, John Mepham y Kate Sopher (Nueva York, Pantheon, 1980), p. 88; también J. Rouse, *Knowledge and Power*, pp.209-210.

⁷⁶ Adapto esta idea de Langdon Winner, “Do Artifacts Have Politics?”, *Daedalus* 109, núm. 1 (1980), pp. 121-136.

⁷⁷ Michael Foucault, *The History of Sexuality*, tomo 1, *An Introduction*, trad. Robert Hurley (Nueva York, Random House, 1978), p.93.

⁷⁸ Adaptación de Ronald Barthes, “The Plates of the *Enciclopedia*”, en *New Critical Essays* (Nueva York, Hill and Wang, 1980), p. 27, que dice algo similar a Foucault: “Registrar no es solamente reveler, como pude aparecer a primera vista, sino también hacer propio” Citado en Wood y Fels “Desings on Signs”, p. 72.

⁷⁹ Robert Darnton, *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History* (Nueva York, Basic Books, 1984), pp. 192-193.

⁸⁰ J. Rouse, *Knowledge and Power*, pp.213-226.

estandarizamos nuestras imágenes del mundo. De la misma forma en que en el laboratorio creamos explicaciones con fórmulas de los procesos del mundo físico, en el mapa la naturaleza se reduce a una fórmula gráfica.⁸¹ En general, el poder de los cartógrafos nos se ejercía sobre los individuos, sino sobre el conocimiento del mundo puesto a disposición de toda la gente. No obstante, esto no se hace de manera consciente y además trasciende las simples categorías de “intencional” y “no intencional” juntas. No sugiero que el poder se ejerza de manera deliberada o centralizada. Es un conocimiento local que al mismo tiempo es universal. Por lo general pasa invertido. El mapa es un árbitro silencioso del poder.

¿Cuáles han sido los efectos de esta “lógica del mapa” sobre la conciencia humana, si puedo adaptar la frase de Marshall McLuhan (“Lógica de la impresión”)?⁸² Al igual que él, pienso que, respecto de los mapas, tenemos que considerar los efectos de abstracción, uniformidad, repetición y visualidad al dar forma a las estructuras mentales y otorgar un sentido a los lugares del mundo. El desfase entre estos conceptos de lugar y muchas visiones alternativas de lo que es el mundo, o de lo que debería ser, ha hecho surgir preguntas acerca de los efectos de la cartografía en la sociedad. A sí, Theodore Roszak escribe: “Los cartógrafos hablan acerca de sus mapas y de los paisajes. Por eso, con frecuencia, lo que dicen es tan paradójico al ser traducido al lenguaje común. Cuando se olvidan de la diferencia entre el mapa y el paisaje, y cuando nos permiten olvidar esa diferencia o nos convence de hacerlo, surge todo tipo de riesgos”.⁸³ Uno de ellos es que los mapas, al articular al mundo en imágenes producidas en masa y estereotipadas, expresen una visión intrínsecamente social. Tomemos como ejemplo el hecho que los atlas de carreteras están entre los libros de pasta suave más vendidos en los Estados Unidos,⁸⁴ y después tratemos de evaluar de qué manera esto ha afectado la percepción ordinaria que tiene el estadounidense de su país. ¿Qué tipo de imagen de los Estados Unidos promueven estos atlas? Por una parte, hay una pátina de burda simpleza. Si se eliminan las carreteras interestatales, el paisaje se disuelve en un mundo genérico de características esenciales que no invitan a ninguna exploración. Se desprovee de contexto y el lugar pierde importancia. Por otra parte, los mapas revelan la ambivalencia de todos los estereotipos. Sus silencios también están inscritos en la página. En estos mapas anónimos, ¿dónde está la variedad de la naturaleza, dónde está la historia del paisaje y dónde el espacio y el tiempo de la experiencia humana?⁸⁵

⁸¹ En realidad, a los cartógrafos les gusta promover esta metáfora de lo que ellos hacen; léase, por ejemplo, Mark Monmonier y George A. Schnell, *Map Appreciation* (Englewood Cliffs, N. J., Prentice Hall, 1988), p. 15. “La geografía prospera en la generalización cartográfica. El mapa es al geógrafo lo que el microscopio al microbiólogo, por su capacidad de encoger a la tierra y generalizarla acerca de ella [...] El microbiólogo debe elegir una lente adecuada y el geógrafo una escala de mapa adecuada tanto para el fenómeno en cuestión como para el “laboratorio regional” en el que estudia el geógrafo.”

⁸² Marshall McLuhan, *The Gutenberg Galaxy: The Making of Typographic Man* (Toronto, University of Toronto Press, 1962), *passim*.

⁸³ Theodore Roszak, *Where the Wasteland Ends: Politics and Transcendence in Postindustrial Society* (Nueva York, Doubleday, 1972), p. 410; Roszak usa el mapa como metáfora para el método científico en esta idea que de Nuevo apunta hacia la difundida noción de la forma en que los mapas representan al mundo.

⁸⁴ Andrew McNally, “You Can’t Get There from Here, with Today’s Approach to Geography”, *Professional Geographer* 39 (noviembre de 1987), pp. 389-392.

⁸⁵ Esta crítica hace pensar en el ensayo de Roland Barthes, “The Blue Guide”, *Mythologies*, pp. 74-77, donde habla de la *Guide* diciendo que “reduce la geografía a la descripción de un mundo de monumentos inhabitado” (sustituimos “camino”). De manera más general, esta tendencia también interesa a Janos Szegö, *Human Cartography: Mapping the World of Man*, trad. Tom Miller (Estocolmo, Swedish Council for Building Research, 1987). Véase también Roszak, *Where the Wasteland Ends*, donde dice: “Perdemos el valor entero de un mapa si olvidamos que no es el paisaje mismo ni nada remotamente semejante, sino

Ahora la pregunta es: ¿estas imágenes vacías tienen alguna consecuencia en nuestra forma de pensar acerca del mundo? Como todo el mundo está diseñado para verse igual, ¿Es más fácil actuar en él sin darse cuenta de los efectos sociales? Al plantear tales preguntas las estrategias de Derrida y de Foucault parecen chocar. Para Derrida, si el significado es difícilmente determinable, entonces lo es también, *pari passu*, la medida de la fuerza del mapa como discurso de acción simbólica. Al final, prefiero adherirme a Foucault en su visión de todo el conocimiento⁸⁶-por lo tanto, de cartografía-, profundamente confundido en las grandes batallas que constituyen nuestro mundo. Los mapas no son ajenos a esas luchas para alterar las relaciones de poder. La historia del uso de los mapas sugiere que puede ser así y que representan formas específicas del poder y autoridad. Desde el Renacimiento la forma de ejercer el poder ha cambiado. En la Norteamérica colonial, por ejemplo, los europeos trazaban con facilidad líneas a través de los territorios de las naciones indias sin mostrar ninguna sensibilidad ante la realidad de su identidad política.⁸⁷ El mapa les permitía decir: “Esto es mío; éstas son las fronteras.”⁸⁸ De manera similar, en innumerables guerras desde el siglo XVI ha sido fácil que los generales libren batallas contra señaladores y marcas de colores, en lugar de sensibilizarse en te la sangre derramada en el campo de batalla.⁸⁹ Volviendo a nuestra sociedad, sigue siendo fácil a los burócratas, desarrolladores y planeadores trabajar sobre parajes incomparables sin medir los trastornos sociales del progreso. Al tiempo que el mapa nunca es la realidad, de cierta manera contribuye a crear una realidad diferente. Una vez insertada en el texto publicado, las líneas del mapa adquieren una autoridad que puede ser difícil de desplazar. Los mapas son imágenes acreditadas. Pueden reforzar y legitimar el *statu quo*, seamos o no conscientes de ello. Algunas veces son agentes del cambio y pueden, de igual manera, convertirse en documentos conservadores. Sin embargo, en cualquier caso, el mapa nunca es neutral. Cuando parece serlo, la oblicua “retórica de la neutralidad”⁹⁰ parece tratar de convencernos.

Conclusión

El acto interpretativo de la deconstrucción de un mapa puede cumplir tres funciones en una amplia investigación en la historia de la cartografía. En primer lugar, permite cuestionar el mito epistemológico (creado por los cartógrafos) del progreso acumulativo de una ciencia objetiva que siempre produce mejores representaciones de la realidad. En

una descripción profunda de él. Si lo olvidamos, nos volvemos regidos como un robot que obedece un programa de computadora; perdemos la plasticidad inteligente y el juicio intuitivo que todo viajero debe conservar. Entonces quizá conozcamos el mapa detalladamente, aunque nuestro conocimiento será puramente académico, inexperto y superficial” (p.408).

⁸⁶ Véase Paul Rabinow (ed.), *The Foucault reader* (Nueva York, Pantheon Books, 1984), pp.6-7.

⁸⁷ J. B. Harley, “Victims of a Map: New England and the Native Americans”, texto leído en el Coloquio Tierra de Norumbega, Portland, Maine, diciembre de 1988.

⁸⁸ Boelhower, *Through a Glass Darkly*, p. 47, quoting Francois Wahl, “Le Désir d’Espace”, en *Cartes et Figures de la Terre* (París, Centre Georges Pompidou, 1980), p.41.

⁸⁹ Para conocer un ejemplo moderno en la relación con Vietnam, Véase Phillip C. Muehrcke, *Map Use: Reading, Analysis, and Interpretation*, 2ª ed. (Madison, Wise., J. P. Publications, 1986), p. 394, donde estos ejemplos son militares se clasifican como “abusos” más que como un aspecto normal del acciones con mapas. El autor conserva como metáfora central: “los mapas reflejan al mundo”.

⁹⁰ El ejemplo del horario de trenes es una Buena analogía ofrecida por Robin Kinross, “The Rhetoric of Neutrality”, *Design Issues*, 2, núm. 2 (1985), pp. 18-30.

segundo lugar, el argumento deconstruccionista permite redefinir la importancia histórica de los mapas. Más que invalidar su estudio, se refuerza al agregar distintos matices a nuestra comprensión del poder de la representación cartográfica como una manera de construir el orden en nuestro mundo. Si podemos aceptar la intertextualidad, también podemos empezar a leer los mapas con discursos alternativos y, en ocasiones, contrarios. En tercer lugar, un cambio de actitud deconstructiva puede permitir que la historia del mapa tome un mejor lugar en el estudio interdisciplinario del texto y del conocimiento. Las estrategias intelectuales, como las del discurso en el sentido de Foucault, el concepto derrideano de metáfora y retórica inherentes al discurso científica y el concepto aún presente de poder-conocimiento son compartidos por diversos campos; como propuestas para tratar los mapas, son igualmente enriquecedoras, no son adversas al cuestionamiento hermenéutico ni antehistóricas en su intención. Construimos desmantelando. Se agrandan las posibilidades de descubrir significado en los mapas y de trazar los mecanismos sociales del cambio cartográfico. El posmodernismo presenta un reto para la lectura de mapas de manera que podrían enriquecer recíprocamente la lectura de otros textos.